

LITERATURA

# *Ahora que cae la niebla*

---

Óscar Vela<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Escritor, doctor en Jurisprudencia y abogado.

El primer capítulo de la novela *Ahora que cae la niebla*, de Óscar Vela, que a continuación se reproduce, constituye un aporte a la divulgación de la publicación realizada por el sello Alfaguara, Penguin Random House Grupo Editorial por parte de la revista *AFESE. Temas internacionales y cultura*, cuya distribución tiene un carácter enteramente gratuito. Animamos a nuestros lectores a conocer más sobre esta fascinante obra.

## PRELUDIO

**1940**

Descendí los escalones del edificio en plena madrugada tras haberme despertado de forma abrupta por esos gritos que me sacaron del sueño. Dos pisos me separaban del acceso de entrada desde la calle Nybrogatan. Me alarmó la voz de Israel Jacobson que me llamaba desde la acera. Un pensamiento fugaz atravesó entonces por mi cabeza ocupada por el rastro de sueños recientes: nunca había tenido el vientre tan hinchado. El verano de barbacoas al aire libre y los paseos por las playas de Gotland y por el espléndido lago Mälaren me estaban pasando la factura. Antes de llegar al recibidor distinguí la sombra del rabino recortada en el cristal esmerilado de la puerta de entrada al edificio ¿Cuántos kilos había subido en los últimos meses? No llegué a responderme. Disipé el interrogante reprochándome las intromisiones que surgían en mi mente: solo un idiota podía pensar en esas tonterías cuando Europa entera se estaba desangrando.

Imaginaba en ese momento que la visita de Jacobson tenía que ver con la guerra. En esos días, todo lo que sucedía en Europa tenía algo que ver con la maldita guerra. Todo lo anterior se desvaneció cuando empuñé el pomo de la puerta y lo giré con cuidado para no exponerme a las ráfagas de viento que ululaban afuera como un presagio ineludible de

la llegada de las primeras nevadas. El rabino Abraham Israel Jacobson, con su corpachón enorme enfundado en un abrigo negro y embozado con una bufanda del mismo color, entró gruñendo. Apenas puso los pies en el recibidor se descubrieron sus labios gruesos remarcados por el bigote entrecano y por aquella perilla blanca y larga que lo distinguía. De su boca escapó una nube de vaho y los cristales de sus lentes redondos se empañaron al entrar en el edificio antes. Antes de saludarnos, se frotó las manos enguantadas, resopló y exclamó:

—Ya tenemos encima al invierno, doctor. Me lo habían advertido cuando llegué a Estocolmo. Apenas ayer salimos del verano y el otoño ya se ha fundido con la nueva estación. El frío en esta ciudad no nos da tregua, igual que en Oslo. En fin, que el exilio no me ha librado del mal tiempo...

—Por ventura la nieve llegará pronto —comenté, mientras subíamos las escaleras.

Conocí a Jacobson en el verano de 1940. El rabino y su familia habían llegado a Estocolmo huyendo de la ocupación alemana de Noruega, que se había consumado en el mes de abril. Suecia y los demás países escandinavos habían declarado su neutralidad desde el inicio del conflicto, tal como lo hicieron también en la Primera Guerra.

Sin embargo, todos sabíamos que la situación de Noruega o de Dinamarca no era la misma que la de Suecia, que mantenía una afinidad especial con los alemanes, a quienes les vendían el hierro, tan necesario en esa era industrial y más todavía con los ejércitos en combate. Apenas con un día de diferencia, entre el 8 y el 9 de abril de 1940, Noruega y Dinamarca fueron invadidas por los alemanes y esto provocó una oleada migratoria hacia Suecia y otros países europeos. Jacobson llegó a principios de mayo y ocupó de inmediato el cargo de rabino de Estocolmo, vacante desde el mes de febrero. Además, consiguió un departamento de arriendo en la calle Linnégatan, a pocos metros de la sinagoga, y también a la vuelta de la esquina de mi departamento, que funcionaba como residencia y oficina consular de mi país.

Yo llevaba viviendo en Estocolmo diez años y para entonces conocía muy bien el clima de esa ciudad en la que cada año añorábamos el arribo de la nieve, que iluminaba calles y plazas, y contrastaba con el ambiente gris y las tinieblas que tomaban posesión de sus paisajes desde el otoño hasta terminar en abril o mayo sus extensísimos inviernos.

Al entrar en el apartamento, ayudé a Jacobson a quitarse el abrigo y lo colgué del gancho ubicado detrás de la puerta.

—¿Qué lo trae por aquí a estas horas, rabino? —Necesito hablar con usted de un tema muy importante, doctor... Es algo confidencial...

Sus últimas palabras estuvieron acompañadas de una mirada que se dirigió hacia la puerta cerrada.

Abrigado por la calefacción, Jacobson se despojó con lentitud de sus guantes, ahora sus ojos contemplaban el salón y el comedor de un solo ambiente.

—¿Le sirvo café o té, rabino?

—Café, si no es molestia. Muchas gracias.

El apartamento era tan pequeño que desde la cocina podía ver los movimientos de Jacobson al desplazarse por el lugar mientras contemplaba las pinturas que colgaban en la pared, obras de jóvenes autores suecos y alguno finlandés que había adquirido por poco dinero en los mercadillos populares de Estocolmo, Helsinki o Tallin. Era la primera vez que Jacobson iba a mi casa, pues todos nuestros encuentros anteriores se habían dado en el mercado de Östermalms Saluhall, en donde nos veíamos a diario, o en otros cafés de la zona. De modo que esa madrugada, solo con dar un vistazo, Jacobson comprendió que mi situación económica no era ni mucho menos boyante. Desde que el Gobierno había cancelado el cargo de cónsul general en Suecia, en el año 1935, y lo había reemplazado por el de cónsul honorario, mis ingresos por tasas de servicios consulares eran muy modestos. No tenía motivo para quejarme, y menos aún en esos tiempos oscuros en que tanta gente padecía verdaderas penurias. Durante los años que llevaba en Estocolmo, había logrado pagar puntualmente el arriendo del departamento y cubrir mis necesidades básicas con lo que me dejaban el consulado honorario y algunos trabajos esporádicos de traducción de documentos que hacía para otras legaciones amigas como las de Colombia o Brasil. La verdad es que no necesitaba más para vivir, pero en esos momentos, mientras Jacobson recorría el pequeño salón, me sentía incómodo por el lamentable estado en que se encontraban mis cosas: los muebles raídos y desportillados, y sus telas deshilachadas, y qué decir de la pintura interna, toda descascarada y desvaída. Me había acostumbrado a la frugalidad y a la tranquilidad de esa ciudad y de su gente, que no vivía en términos generales para la ostentación ni para acumular lujos, sino que más bien disfrutaba de una economía sólida llevada con modestia y una fuerte conciencia del ahorro. Por supuesto que en esos tiempos, con la guerra desatada, todos los habitantes de Suecia habíamos contraído nuestra economía personal a la par de lo que sucedía con el país, que hacía reservas y suprimía gastos innecesarios, por si el conflicto se extendía demasiado.

Recuerdo que regresé al salón con algo de vergüenza

de pensar en que Jacobson hubiera descubierto mi estrechez económica, que aunque no tenía por qué ser motivo de bochorno, nadie, salvo mi secretaria de siempre, la señora Fondelius, sabía de las condiciones en las que vivía. Jacobson contemplaba una pintura al óleo que reproducía el precioso paisaje de la bahía Riddarfjärden o Golfo de los Caballeros, al este del lago Mälaren, visto desde el centro de Estocolmo. La obra era luminosa, y de algún ayudaba a contrastar la opacidad del resto del salón y de las otras pinturas más bien tristes.

—Me gusta mucho —apuntó Jacobson, con la mirada fija en la obra.

Serví las dos tazas de café sobre la mesa central del salón y tomamos asiento. Le ofrecí el azucarero.

—Lo tomo sin azúcar, gracias, doctor —respondió.

Por entre la cortina que cubría la única ventana que daba a la calle se filtraba la luz ámbar del farol que estaba enfrente, junto a la tienda de ultramarinos de Radmunsen, un viejo amigo que tenía su negocio sobre mi misma calle. Solo en ese momento me detuve a mirar el reloj de la pared del comedor, un viejo modelo suizo Gac Trade que marcaba las

seis menos diez minutos. Me llevé la taza de café a los labios y le pregunté:

—¿Qué le trae por aquí a estas horas, rabino, ha sucedido algo?

Me miró con cierta timidez. Sus ojos, enrojecidos, se desviaron brevemente hacia un lamparón que resaltaba en mi bata. Era imposible mno fijarse en aquella mancha reluciente, para mi vergüenza. Traté de cubrirla con una mano, pero el rabino se percató de mi gesto y, sonrojado, volvió a mirarme a los ojos.

—La situación de los judíos en Polonia es muy grave.

Me han confirmado que los están confinando en guetos y desde allí los trasladan todos los días a los campos de concentración que se han formado en varias ciudades alemanas, austriacas y polacas. Desde esos campos, supuestamente, los envían a trabajar en distintas industrias o los deportan...

—¿Supuestamente, ha dicho, rabino? —interrumpí.

—Sí, claro, porque en realidad se llevan a los más jóvenes para trabajar con los alemanes, pero a los viejos, a las mujeres y a los niños, si es que no tienen nacionalidad, los dejan encerrados, y no sabemos qué sucederá con ellos.

—Y, obviamente, muy pocos tienen la posibilidad de obtener otra nacionalidad...

—Exacto, después de la expedición de las leyes de Núremberg, y tras la ocupación, casi todos son declarados apátridas. Su situación es alarmante...

Jacobson, que había hecho una pausa para tomar su café, reinició la charla con unas palabras que me produjeron escalofrío, pues sentí que aquel hombre había descifrado mi pensamiento:

—Comprendo, doctor, que la situación interna de su país es complicada, y entiendo también que el nuevo gobierno ha mostrado cierta afinidad con la causa alemana, al igual que el gobierno anterior de su país y otros de la región, pero pienso que esto es temporal, pues temo que muy pronto el mundo conocerá los horrores que están cometiendo los nazis, con el pueblo judío. La propaganda alemana ha sido muy efectiva hasta hoy, aunque no creo que logren ocultar por mucho tiempo más lo que en realidad está pasando en Europa...

Eso que Jacobson comentaba sobre el encubrimiento de los horrores de los nazis, era un secreto a voces que se escuchaba con frecuencia en los círculos diplomáticos. Una vez más lo interrumpí:

—Lo que usted me dice, rabino, es que los alemanes han terminado por archivar el Tratado de Versalles...

En ese momento, Jacobson inclinó su cuerpo hacia adelante y bajó aún más el tono de su voz:

—Lo que le quiero decir, doctor Muñoz, es que los alemanes nos están matando. El plan de Hitler desde hace muchos años, incluso antes de ser canciller, es la exterminación de los judíos. Basta leer aquel libro siniestro que escribió mientras estuvo en prisión, Mein Kampf, para entender sus verdaderas intenciones. A Hitler y a los nazis no les importa violar el Tratado, pues aún se sienten humillados por su fracaso bélico en la Primera Guerra, y ahora, con la invasión de sus tropas se han cometido verdaderas atrocidades, aunque el mundo todavía no las descubra...

En los ojos de Jacobson vi entonces la desesperación que embargaba a su pueblo ante la rabiosa persecución de la que era objeto en cada una de las naciones ocupadas, y, por supuesto, en la propia Alemania, donde ya desde 1935 venían sufriendo el acoso impuesto por las leyes raciales.

—¿En qué puedo serle útil, rabino?

Jacobson siguió hablando con la misma entonación cautelosa, como si tuviera temor de que alguno de los vecinos pudiera escucharlo.

—Como usted sabe, doctor, la situación legal de los judíos en los territorios ocupados es riesgosa. Desprovistos de sus respectivas nacionalidades, incluso de su identidad en muchos casos, resulta imposible que puedan cruzar las fronteras o ser deportados a otros países de Europa...

—Les serviría mucho, en consecuencia, que este consulado expidiera algunos pasaportes —añadí.

Jacobson se incorporó otra vez. Sus ojos habían recobrado cierto brillo. Lo vi asentir y luego bajar la cabeza como si se sintiera abatido o quizá humillado por el favor que me pedía.

Estaba aún muy lejos de comprender los riesgos y las consecuencias que tendría en mi vida la propuesta que Jacobson me hizo esa noche. Recuerdo que los dos permanecemos en silencio durante algunos minutos; yo sopesaba las consecuencias legales y jurídicas que caerían sobre mí si mi gobierno, que sin duda no favorecía en aquel momento a los judíos, se llegaba a enterar de lo que íbamos a hacer, y el rabino seguramente imaginaba que esa madrugada al menos un puñado de familias judías, sin saberlo, alentaba la esperanza de librarse de una muerte segura a manos de los nazis.

---

**La asombrosa historia de Manuel Antonio Muñoz Borrero, cónsul ecuatoriano en Estocolmo, que durante la Segunda Guerra Mundial salvó la vida de cientos de familias judías.**

*Ahora que cae la niebla* es la biografía novelada de Manuel Antonio Muñoz Borrero, cónsul de Ecuador en Estocolmo entre 1935 y 1942; un hombre que decidió guardar un secreto hasta la muerte, y que recientemente se convirtió en héroe.

Con una combinación sorprendente de ficción y de realidad, Óscar Vela consigue trazar el retrato de un personaje que desde su posición privilegiada de diplomático se la jugó para salvar a cientos de familias judías durante la Segunda Guerra Mundial.

El suspenso, la aventura y una conmovedora historia de amor, son los motores de esta narración de guerra, que por encima de todo pone en evidencia la valentía de un hombre que representa a todos aquellos que hasta hoy siguen arriesgando su vida por la libertad de los demás.

## Oscar Vela

---

Escritor, doctor en Jurisprudencia y abogado. Es autor de siete novelas: *El Toro de la Oración*; *La dimensión de las sombras*; *Irene, las voces obscenas del desvarío*; *Desnuda oscuridad* (Alfaguara 2011), ganadora del Premio Nacional de Novela Joaquín Gallegos Lara; *Yo soy el Fuego* (Alfaguara 2013), ganadora del Premio Jorge Icaza 2013 a la mejor novela del año; *Todo ese ayer* (Alfaguara 2015), ganadora del Premio Nacional de Novela Joaquín Gallegos Lara 2015), y *Náufragos en Tierra* (Alfaguara 2017).

También fue el ganador del Concurso Internacional de Cuentos El Albero (2006). El Ilustre Municipio del Distrito Metropolitano de Quito le otorgó la condecoración Aurelio Espinosa Pólit 2018 por el conjunto de su obra literaria. En marzo de 2019, la Academia Ecuatoriana de la Lengua lo incorporó como su miembro en calidad de Académico Correspondiente. Es articulista del diario *El Comercio* y de la revista *Mundo Diners*, donde también escribe reseñas literarias.

## Algunos fragmentos

---

«Estaba muy lejos de comprender los riesgos y las consecuencias que tendría en mi vida la propuesta que Jacobson me hizo esa noche. Recuerdo que los dos permanecemos en silencio durante algunos minutos; yo sopesaba las consecuencias legales y jurídicas que caerían sobre mí si mi gobierno, que sin duda no favorecía en aquel momento a los judíos, se llegaba a enterar de lo que íbamos a hacer, y el rabino seguramente imaginaba que esa madrugada al menos un puñado de familias judías, sin saberlo, alentaba la esperanza de librarse de una muerte segura a manos de los nazis.»

«Durante meses instauramos un ritual de miradas cómplices con Märta; yo me sentaba en la mesa de siempre y repasaba las noticias de la guerra en los principales diarios del país, a la espera de que en cualquier segundo ella me dirigiera una mirada desde su local. En silencio, a la distancia, solo con esas miradas fugaces, nos decíamos cuánto nos queríamos y, al mismo tiempo, cuánto lamentábamos no poder mostrar ese amor de forma libre y abierta».

«No importa si la muerte llega de forma súbita o si nos ofrece algo de tiempo antes de reclamar lo que le pertenece, en cualquier caso, se irá con nosotros algún secreto que no hemos querido o que no nos ha sido posible revelar».

El autor y la editorial les agradecen por acoger y apoyar la difusión de esta nueva novela. Estaremos muy atentos a sus comentarios. Si desean entrevistar al autor, con gusto podremos coordinarlo.

Cordialmente,